

que atravesaba el Corazón de la Virgen, cada bofetada, cada azote, cada llaguita que hacían a Jesucristo, tantas puñaladas eran para el Corazón de esta Virgen. ¡Oh bendita sea, Señor, tu misericordia, que tantas saetas tuviste hoy para herir y traspasar el Corazón de esta Virgen!»

Y siendo así, recordando los azotes, las espinas y todos los tormentos de Jesús, pregunta:

«¿Qué tal os parece que estaría el Corazón de la Santa Virgen que esto tenía delante de los ojos?

¡Oh virginal Corazón! Pintaísla con siete cuchillos: ¡con setecientos la habiades de pintar! - No tienen cuenta las gotas de la mar ni sus arenas, no tienen cuenta las estrellas del cielo con los dolores de la Virgen María.» (62)

Que el Corazón de la Virgen fuese traspasado en la pasión de Jesucristo y que las heridas del Hijo se juntasen en el espíritu delicado de la Madre son ideas que ya antes hemos encontrado, y nada costaría multiplicar los textos del Beato Avila en que vuelven a repetirse. Alguna vez se nos proponen ese martirio y dolores como indicio para rastrear la gloria de la Virgen de la cual fueron medida y fundamento. En el sermón segundo sobre la Asunción, pregunta porqué dejó Dios a la Virgen en la tierra después de la Ascensión de Jesucristo, y la primera razón que da es para acrecentar sus méritos con el martirio de la ausencia:

«Amor fue y no malquerencia; y como el Padre de El [de Cristo] le trató, siendo su Hijo amantísimo, así El trató a su amantísima Madre. Y los que no podemos ver la grandeza de la gloria y descanso que tiene en el cielo esta Virgen, rastreémosla por los grandes trabajos y cuchillo agudo que de muchas maneras hirió y traspasó su Corazón ¡benditísimo que en la tierra sabemos que padeció...» (63)

Mas no se crea que el Corazón de María fuese receptor o sujeto pasivo únicamente de los tormentos de Jesús. Recibió asimismo la herida del amor divino, y nos dirá el Beato que, penetrada la Virgen de ese sagrado fuego, no podía hallar consuelo en las cosas de acá abajo,

«porque antes tenía por impedimento de la verdadera consolación divinal

(62) *Ibidem*, nro. 7, pág. 775.

(63) Asunción de la Sma. Virgen María (II), nro. 8, A; vol. II, pág. 839.